

**A** la frontera de México con Guatemala, poco menos de mil kilómetros, llegan a diario cientos de personas de África, Asia y, por supuesto, del Caribe y Centroamérica. Las medidas disuasorias, puestas en marcha por la administración de Andrés Manuel López Obrador, han servido de poco para contener la marea migratoria.

Cruzar la línea fronteriza no es complicado. El presidente de México afirmó a fines del año pasado que hay entre seis y siete mil vías sin vigilancia que atraviesan la frontera. Este año, lo difícil ha sido cruzar en grandes contingentes por los puentes internacionales y los pasos aldeaños, vigilados por la Guardia Nacional. Las caravanas han sido disueltas cuando han intentado ingresar por el Suchiate, en Ciudad Hidalgo; por la Mesilla, en Frontera Comalapa, o por El Ceibo, en Tenosique, que son los tres corredores principales de flujo de migrantes y de mercancías.

A excepción de los puestos fronterizos, la línea divisoria del sur solo existe en los mapas; los mojones que delimitaban los países se han movido o desaparecido, y es imposible para la Guardia Nacional vigilar caminos de extravío trazados en lugares ignorados de la selva y de la meseta chiapaneca.

## Chiapas, pobre y austral

Los migrantes que llegan al país por la frontera sur se topan con el México más pobre y desigual. En Chiapas, el 76.4 por ciento de los 5 millones 218 mil habitantes vive en la pobreza, un 2.7 por ciento más que en 2012 (Coneval 2018). El presupuesto, paradójicamente, ha aumentado; en 1993 era de cuatro mil millones; en 1997, de 16 mil millones, y en 2020 rebasa los 92 mil millones de pesos.

Los habitantes de Chiapas viven con intensidad el movi-

# LA MIGRACIÓN que viene del SUR

**Sarely Martínez Mendoza**

**Los habitantes de Chiapas viven con intensidad el movimiento migratorio. En la Sierra, el Soconusco y la Costa se establecen albergues, retenes policiacos, grupos delincuenciales y garitas migratorias. Tapachula sobresale por ser un sitio de refugio y de esperanza para miles de migrantes.**

miento migratorio. En la Sierra, el Soconusco y la Costa se establecen albergues, retenes policiacos, grupos delincuenciales y garitas migratorias. Tapachula sobresale por ser un sitio de refugio y de esperanza para miles de migrantes. Como ciudad no deja atrás su legado, al haber sido edificada con el aporte de migrantes europeos y norteamericanos que llegaron en el siglo XIX para cultivar café de altura, y de chinos que pronto desertaron del trabajo agrícola para fundar tiendas de abarrotes y restaurantes, y se compenetraron tanto que cambiaron los gustos gastronómicos de la región. Hoy, la comida china es parte del paisaje cultural del sur de Chiapas.

Durante el siglo pasado la del sur fue una frontera totalmente abierta, en donde mexicanos y guatemaltecos pasaban cotidianamente de uno a otro país, al tiempo que extendían sus lazos

familiares y vecinales; había y hay una migración circular, de trabajadores agrícolas que vienen de Centroamérica para levantar cosechas de café, plátano y soya.

A principios de este siglo, con la puesta en marcha del Plan Sur, comenzaron a endurecerse las medidas migratorias, con operativos en carreteras, cateos en hoteles y casas de asistencia, así como supervisión constante a los vagones del tren. La cifra de deportados aumentó de 105 mil en 2014 a 176 mil en 2015.

Ante esta estrategia, que complicó el paso de migrantes por el territorio mexicano, hondureños de San Pedro Sula idearon una nueva forma de llegar al norte. A través de perfiles de Facebook y grupos de Whatsapp convocaron en octubre de 2018 a una caravana que, por su número, unos seis mil en sus mejores momentos, y su visibilidad, no fuera víctima de

**Migrar en caravana sí fue inédito, porque los migrantes buscaron mostrarse, hipervisibilizarse, afirmar la migración como un derecho de las personas, en especial, para las que padecen violencia y pobreza. El “migrante no-persona” se transmutó en la “persona caravanera”, la que transitaba en el autocuidado colectivo.**

delinquentes ni tampoco de las autoridades. Las caravanas en sí no eran una novedad; desde el año 2000, una Caravana de Madres de Migrantes Desaparecidos recorrió gran parte de México para buscar a sus parientes y exigir al gobierno investigar esos casos ignorados.

Migrar en caravana sí fue inédito, porque los migrantes buscaron mostrarse, hipervisibilizarse, afirmar la migración como un derecho de las personas, en especial, para las que padecen violencia y pobreza. El “migrante no-persona” se transmutó en la “persona caravanera”, la que transitaba en el autocuidado colectivo, como una forma de protegerse y alcanzar sus propósitos en grupo.

Esas primeras caravanas, las que atravesaron México a fines de 2018, recibieron la solidaridad de ciudadanos mexicanos y de las autoridades del recién estrenado gobierno de Andrés Manuel López Obrador, que ofreció visas humanitarias (Tarjeta de Visitante por Razones Humanitarias). Esas visas, de las que en dos semanas se otorgaron 12 mil, fueron un verdadero imán para migrantes de otros países. A la frontera sur empezaron a llegar ciudadanos de Cuba, Haití, Angola, India y Pakistán. Pronto, Tapachula quedó desbordado y la Estación Migratoria Siglo XXI, sin posibilidad de atender a la mayoría de los solicitantes de visas.

Las caravanas, más debilitadas y desorganizadas, comenzaron a ser criminalizadas. El gobierno

emprendió, además, una nueva forma de control con el llamado Plan de Contención, cuyo peso mayor recayó en la recién creada Guardia Nacional. Las caravanas de principios de este año fueron desmembradas sin que en la prensa haya habido grandes titulares, cuando recién tocaron suelo chiapaneco. Fue una vuelta de tuerca más represiva. Los migrantes volvieron a las rutas ignoradas, en donde más se exponen y más padecen la violación a sus derechos; una invisibilidad impuesta como única vía para acortar distancias hacia el norte. Hoy, los migrantes vuelven a ser los “expulsados del sistema”, como escribió Sassen (2015, 235), parte de la “liminidad social”, de la “aporofobia” o rechazo al pobre (Cortina 2017, 15) y, como tales, personas obligadas a transitar por pasajes subterráneos, oscuros y violentos, en una estrategia de “goteo” para horadar los más de tres mil kilómetros del territorio mexicano y del muro norteamericano.

Chiapas se configura como un estado embudo, una frontera porosa y de vasos comunicantes que estrecha sus controles en sus límites de Tabasco y Oaxaca, y alberga campos de confinamiento hacinados, llamados por las autoridades estaciones migratorias, que hoy alojan el doble de migrantes de su capacidad.

No es raro por eso que el Instituto Nacional de Migración haya negado el acceso al Centro

de Derechos Humanos Fray Matías de Córdova para supervisar las condiciones de la Estación Migratoria Siglo XXI. Además, los albergues de Tapachula, con capacidad para unos tres mil migrantes, están abarrotados. La Casa del Migrante Scalabrini, administrada por religiosas católicas, mantiene el cupo lleno desde mediados del año pasado. Lo mismo sucede con el Albergue Jesús El Buen Pastor, en donde los solicitantes deben esperar afuera de las instalaciones, bajo el sol quemante del trópico.

## La frágil frontera

El migrante que desea cruzar la frontera sur no se desplaza por los pasos aledaños al Puente Internacional Rodolfo Robles a través del Suchiate, custodiado por las autoridades, sino por corredores menos vigilados de los límites territoriales. Avanzar los primeros 100 kilómetros no es muy difícil por estos caminos, en donde taxis, mototaxis, camionetas, camiones de carga o lanchas ofrecen sus servicios de transporte; lo complicado inicia al dejar atrás Chiapas y adentrarse en Oaxaca, Veracruz o Tabasco.

La mayoría que pretende llegar a Estados Unidos no logra el objetivo: es detenida, encarcelada, deportada o se quiebra ante las dificultades, en una ruta de atropellos cotidianos, asaltos, violaciones sexuales, extorsiones y asesinatos que incrementan una cifra oculta porque los migrantes no existen en las cuentas oficiales.

Por eso, madres de migrantes desaparecidos de Honduras, El Salvador y Guatemala han formado caravanas para darle rostro a sus familiares, y es así como, a cuentagotas, se ha logrado calcular que unas treinta mil personas (Gerardo 2020, 144), que alguna vez partieron de su país en busca de mejores condiciones de vida, desaparecieron en el camino.



El paisaje como algo con lo que es posible pensarnos en el mundo.

En esos grupos que se desplazan de sur a norte marchan menores de edad. En 2018, según cifras oficiales, cruzaron la frontera más de cincuenta mil Niños, Niñas y Adolescentes no Acompañados y/o Separados (NNAS). En 2019, es posible que la cifra haya alcanzado los 400 mil, si se estima que una tercera parte de migrantes la integran menores de edad.

Los NNAS empezaron a figurar en el mapa de las migraciones en 2014, cuando la patrulla fronteriza de Estados Unidos deportó a 68 mil 541 menores de edad. Anteriormente los migrantes eran sobre todo hombres; después aparecieron mujeres, familias y menores no acompañados que se desplazaban por violencia doméstica, para reunirse con sus padres o para perseguir el sueño americano construido en las pláticas de los amigos, las redes sociales digitales y los programas televisivos.

La presencia de la Guardia Nacional para contener el ingreso de migrantes ha provocado la disminución de un 70 por ciento del flujo migratorio, de acuerdo con el presidente Andrés Manuel López Obrador; esto es: de 140 mil migrantes mensuales en 2019, se redujo a 40 mil a inicios de 2020.

La migración es un fenómeno complejo que en lugar de disminuir ha aumentado en todo el mundo: de 173 millones en 2000 se pasó a 244 millones en 2015; en la frontera sur, en 2013 hubo 100 mil migrantes, y en 2019, más de un millón.

En el caso de México, el incremento tiene que ver con causas internas de los países expulsores de migrantes, con el ofrecimiento del gobierno de visas humanitarias y con el recibimiento entusiasta de las primeras caravanas en 2018. Los países del llamado triángulo del norte de Centroamérica

presentan un incremento en la desigualdad económica, la inseguridad y la violencia, así como fragilidad de sus instituciones, dominadas por bandas y organizaciones criminales. Los peligros a que se enfrenta un migrante centroamericano son similares a los que vive cotidianamente en su país de origen. La excepción son Costa Rica y Panamá, dos lunares en la región.

La mayoría de los migrantes ha sido deportada tres o cuatro veces, pero volverá a intentarlo; “no tenemos otra opción que salir de Honduras, que huir, que buscar la forma de sobrevivir”, dice José Juan Rodríguez, de 19 años, quien ya ha intentado cruzar la frontera en dos ocasiones, porque quedarse en Honduras significa quedar atrapado en la violencia o como rehén de las pandillas que someten a barrios y ciudades. Jesús Centeno, quien pide apoyo





Habitar un lugar también es poner atención a la espacialidad del paisaje. De eso el que más sabe es mi cuerpo, pues a veces —en el juego de acercarme—alejarme—fotografiar— se ve afectado por una especie de ansiedad que por ahora solo puedo llamar experiencia del paisaje.

en el Libramiento Sur de Tuxtla Gutiérrez, ha viajado desde Jintega, Nicaragua, con su esposa y sus dos hijos. Dice que es igual de complicado viajar a Costa Rica que a Estados Unidos. Con sus 26 años y su semana de travesía espera avanzar hacia el norte, hasta Tijuana o Nuevo Laredo, a donde lo lleven los vientos de los apoyos solidarios y se lo permita la Guardia Nacional.

Las posibilidades de éxito son pocas, aun cuando Jesús Centeno y su familia emprendan la ruta menos visible, por la que ha tenido que encaminarse el migrante desde que las caravanas empezaron a ser desarticuladas en la frontera sur, y el *caravanero* no es más que un buen recuerdo del derecho a

tránsito de las personas obligadas a huir de su país. **LPyH**

#### REFERENCIAS

- Anguiano Téllez, María Eugenia y Daniel Villafuerte Solís, coords. 2015. *Cruces de fronteras. Movilidad humana y políticas migratorias*. Ciudad de México: Colef/Unicach.
- Coneval. 2018. “Estadísticas de pobreza en Chiapas”. <https://www.coneval.org.mx/coordinacion/entidades/Chiapas/Paginas/principal.aspx>.
- Cortina, Adela. 2017. *Aporofobia, el rechazo al pobre*. Barcelona: Paidós.
- Gerardo Pérez, Sandra Odeth. 2020. “Enfrentar la gubernamentalidad migratoria: las caravanas del éxito desde la mirada de familiares hondureños desaparecidos en la ruta migratoria”.

- Entre Diversidades. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades* 1: 130-154.
- Martínez Mendoza, Sarelly. 2019. “De las oleadas al tsunami migratorio en la frontera sur”. *Revista Nexos* (julio). <https://www.nexos.com.mx/?p=43465>.
- Sassen, Saskia. 2015. *Expulsiones: brutalidad y complejidad en la economía global*. Madrid: Katz Editores.
- Villalobos, Joaquín. 2019. “Los muros del Triángulo Norte”. *Revista Nexos* (agosto). <https://www.nexos.com.mx/?p=43589>.

**Sarelly Martínez Mendoza** es profesor de la Unach y doctor en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid. Su libro más reciente es *Santiago Serrano, el periódico y el verso*, editado por Coneculta Chiapas.